



ACTO II

ESCENA PRIMERA

Una habitación

WALLENSTEIN, OCTAVIO PICCOLOMINI; luego MAX

WALLENSTEIN

ME escribe desde Linz que está enfermo, cuando sé positivamente que se halla escondido en casa del conde Gallas, en Frauenberg. Á ambos debes prender y traérmelos aquí. Toma el mando de los regimientos españoles; te entretendrás en hacer siempre preparativos, sin hallarte nunca pronto. Si intentan forzarte á obrar contra mí, muéstrate dispuesto, y continúa sin hacer nada. Entiendo que este partido es el que más conviene á tu carácter, porque bien querrás salvar las apariencias. Como no se hicieron para ti las resoluciones extremas te elegí ese papel: tu inacción me será esta vez utilísima. Si en esto la suerte se decide en favor mío, ya sabes lo que te toca hacer. (*Sale Max.*) Ahora vé, mi

WALLENSTEIN

285

buen amigo, parte esta misma noche; toma mis propios caballos. No hay que alargar la despedida. Espero que volveremos á vernos, satisfechos y alegres.

OCTAVIO (*á su hijo*).—Tenemos que hablar. (*Vase.*)

ESCENA II

WALLENSTEIN, MAX PICCOLOMINI

MAX (*acercándose á él*).—Mi general!

WALLENSTEIN.—Ya no lo soy, si te llamas todavía oficial del Emperador.

MAX.—Entonces es cosa resuelta; queréis abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—He renunciado al servicio del Emperador.

MAX.—¿Y queréis abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—Todo lo contrario. Espero atarlo á mi fortuna con lazos más estrechos y durables. (*Se sienta.*) Sí, Max; no quise franquearte mi secreto hasta el momento de ponerlo en acción. Los jóvenes soléis tener un instinto certero y rápido, y es grato obedecer al propio juicio cuando se trata de dar honroso ejemplo. Mas, cuando hemos de elegir entre dos males igualmente positivos, en que el corazón ha de salir vencido en la lucha por el deber, gran dicha es no haber de elegir, y singular favor la necesidad... Esta existe en nuestro caso... No vuelvas la vista atrás; sería inútil, mira hacia delante. No juzgues; disponte á obrar; la corte ha resuelto perderme, y acudo á prevenirme... Vamos á aliarnos con los suecos: valientes soldados y magníficos aliados. (*Se detiene, aguardando la respuesta de Piccolomini.*) ¡Te sorprende!... ¡No me contestes!... quiero que te tomes tiempo para serenarte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
fdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

(*Se levanta y se dirige al foro. Max permanece largo rato inmóvil, sumido en violento dolor, y á un gesto suyo, Wallenstein vuelve á ponerse delante de él.*)

MAX.—Mi general, hoy me emancipáis de vuestra tutela, porque, hasta hoy, me evitabais el pesar de elegir mi camino. A todas partes os seguía sin condiciones; me bastaba miraros, para estar seguro de caminar por la buena senda. Hoy por primera vez me ponéis en el caso de apelar á mi propia conciencia y de elegir entre ella y vos.

WALLENSTEIN.—Hasta hoy, Max, mecido por la fortuna, pudiste cumplir, como jugueteando, tus deberes, entregarte á tus nobles impulsos, y obrar con entero corazón. Hoy ya no es posible. Dos caminos opuestos se abren á tu vista; los deberes combaten contra los deberes. Fuerza es tomar partido en la guerra que arde entre tu amigo y el Emperador.

MAX.—¡La guerra! ¿Este es el nombre que le conviene, por ventura? La guerra es temible, como azote de Dios; pero como todo azote, puede ser justa y útil. ¿Es justa la guerra que haréis al Emperador con sus propias armas?... Ah Dios mío! ¡qué mudanza! Hablaros yo así á vos!... á vos, que fuisteis como mi estrella polar, fija é invariable!... ¡el dechado de mi vida! ¡Ah, qué modo de desgarrarme el corazón!... ¡Cómo renunciaré á ver encarnado en vuestro nombre mi arraigado respeto! Cómo perder la santa costumbre de la obediencia!... No volváis el rostro: fué siempre para mí como la faz de Dios mismo, y no puede perder de un solo golpe su influjo. Mi alma se liberta con sangrientos esfuerzos, pero aún detiene mis sentidos el antiguo lazo.

WALLENSTEIN.—Oye, Max.

MAX.—¡Ah! no lo hagáis! ¡no lo hagáis por Dios!... Ved; tan fatal resolución no se ha impreso aún en vuestra noble y pura fisonomía, no; sólo la imagina-

ción ha contaminado.... La inocencia rehusa abandonar vuestra frente donde resplandece el honor... ¡Oh! alejad tan negro proyecto, enemigo de vuestra tranquilidad... Fué una pesadilla que vino á perturbar vuestra austera virtud: á esas pasajeras sugestiones vivimos sometidos, pero el ánimo generoso ha de saber sojuzgarlas. No acabaréis así; esto sería infamar en faz de los hombres á los grandes caracteres, á las naturalezas poderosas; esto sería dar la razón al vulgo que desconfía siempre de ellas cuando libres, y sólo deja de temerlas cuando impotentes.

WALLENSTEIN.—El mundo me condenará severo; lo sé. Ya me he dicho cuánto podía decirme. ¿Quién no rehusaría la violencia, cuando puede prescindir de ella? Pero aquí no queda alternativa: ó usarla, ó soportarla. A este punto he llegado.

MAX.—Pues bien, sea. Conservad vuestro puesto á mano armada; resistid al Emperador, y puesto que es forzoso, declaraos en abierta rebelión. Ya que no pueda aplaudirlo, he de excusarlo, y aunque lo censure me asociaré á vuestra conducta... Pero no seáis traidor... he pronunciado la palabra... no seáis traidor... Porque ya no es un arrebató, ya no es una falta cometida por la exacerbación de las pasiones, no, es algo distinto, una acción negra, negra como el infierno.

WALLENSTEIN (*sombrio y reprimiéndose*). — ¡Con qué ligereza hablan los jóvenes, y pronuncian frases que deben manejarse con la prudencia del filo de una espada! Con su ardiente imaginación miden las cosas que no están todavía á su alcance, y usan las palabras de bien y mal, dignidad y oprobio, como si tal cosa, y aplican á los hombres y á sus actos las ideas fantásticas que ocultan esos conceptos imponentes! La inteligencia es vasta, Max, pero el mundo es estrecho. Las ideas cohabitan fácilmente, sin embarazarse, una junto á otra; pero en el mundo real las cosas chocan entre

sí, y para que una ocupe su lugar, es forzoso que otra se retire. Quien no quiere ser rechazado, debe rechazar á los demás; la lucha es la suprema ley, y la victoria pertenece á la fuerza. Sí; en buen hora logrará mantenerse puro en puro elemento y habitar entre tenues llamas como la salamandra, quien cruza el camino de la vida sin deseos, sin dirigirse á un término, pero á mi naturaleza me sacó de más ruda astilla; la ambición me encadena á la tierra, y la tierra es patrimonio del espíritu del mal, no del bien. Cuantos dones debemos al cielo, comunes son á todos; su luz nos alegra, mas no nos enriquece, y nadie adquiere de ellos posesión; pero el oro y las piedras preciosas hay que arrancarlas á las falsas y perversas divinidades que habitan en el seno de la tierra. Sólo con sacrificios se muestran propicias, y no hay mortal que salga de la lucha conservando su pureza.

MAX (con expresión).—¡Ah, temed, temed á esas falsas divinidades, infieles á su palabra! ¡Falaces espíritus que os arrastran al abismo con artificiosas mentiras!... ¡Ah, no os fiéis de ellas, os repito!... Volved al camino del deber... ¡Sí!... os será posible todavía; mandadme á Viena... Dejadme negociar la paz con el Emperador... No os conoce bien, pero os conozco yo, y sabrá veros á través de mis ojos y renacerá su confianza.

WALLENSTEIN.—Es tarde ya. Tú ignoras lo ocurrido.

MAX.—Si han llegado las cosas á tal punto que sólo el crimen pueda preservaros de la ruina, caed al menos dignamente como habéis vivido hasta ahora. Dejad el mando; abandonad el campamento. Puesto que podéis hacerlo con gloria, sea también con inocencia; ya que tanto vivisteis para los demás, vivid, en fin, por vos; yo os acompañaré; yo encadenaré mi suerte á la vuestra.

WALLENSTEIN.—Es tarde. Mientras hablas tú inútil-

mente, mis rápidos mensajeros vuelan hacia Praga y Egra. Ponte de mi lado; hacemos lo que debemos, y marchamos con dignidad y paso firme y seguro por el camino de la necesidad. ¿En qué soy yo más culpable que el gran César cuyo nombre resuena aún por el universo entero? Contra la misma Roma dirigió aquellas legiones que de Roma había recibido para su defensa. Si hubiese soltado la espada, estaba perdido, como lo estaría yo actualmente. Siento en mí algo de su genio. Protéjame como á él la fortuna, y me encargo del resto.

(Max, que hasta aquí ha sido víctima de viva agitación, se va rápidamente. Wallenstein le contempla sorprendido, y queda absorto en sus pensamientos.)

ESCENA III

WALLENSTEIN.—TERZKY; luégo ILLO

TERZKY.—¿Estabas hablando con Max?

WALLENSTEIN.—¿Dónde está Wrangel?

TERZKY.—Se fué.

WALLENSTEIN.—¿Tan pronto?

TERZKY.—¡Como si lo hubiese tragado la tierra! Apenas te dejó, fui en su busca para hablarle, y ya se había marchado, sin que nadie pudiera decirme dónde estaba. Creería que es el diablo en persona; un hombre no puede evaporarse así tan de repente.

ILLO (saliendo).—¿Es verdad que has fiado una comisión al padre?

TERZKY.—¡Cómo! ¡á Octavio! ¿En eso piensas?

WALLENSTEIN.—Va á Frauenberg al frente de los regimientos españoles é italianos.

TERZKY.—Dios quiera que no realices este proyecto.

ILLO.—¿Piensas en confiar las tropas á ese pérfido y permites que se aleje en el momento decisivo?

TERZKY.—¡No lo hagas, por Dios, no lo hagas!

WALLENSTEIN.—¡Vaya que sois singulares!

ILLO.—Atiende á mi consejo, siquiera una vez; no le dejes partir.

WALLENSTEIN.—¿Y por qué no fiaré en él esta vez como todas? ¿Qué ha pasado que destruya la buena opinión en que le tengo? No sé que deba mudar mi sentir con respecto á él, según quiera vuestro capricho. ¡Si creeréis que soy voluble como una mujer! Cabalmente porque he fiado en él hasta hoy, quiero seguir fiándome de él hoy.

TERZKY.—Mas ¿por qué comisionarle á él? Que vaya otro.

WALLENSTEIN.—No. Ha de ser Octavio, y basta. Es el más apto. Por esto le elegí.

ILLO.—No, sino porque es italiano.

WALLENSTEIN.—Ya sé que nunca tuvisteis gran afición al padre ni al hijo. Como sabéis que los estimo y quiero, y los prefiero ostensiblemente á vosotros, los celos os ciegan; ¿pero á mí qué me importan vuestros celos? ¡Que los odiáis! Bueno; no por esto desmerecerán á mis ojos. Amaos ó aborreceos como gustéis; á todos dejo en libertad para sentir lo que gusten, mas yo conozco perfectamente la valía de cada uno de vosotros.

ILLO.—Pues yo te juro que no saldrá, así deba romper su carruaje.

WALLENSTEIN.—Modérate, Illo.

TERZKY.—Mientras estuvo aquí Questenberg, le acompañó constantemente; no se dejaron un minuto.

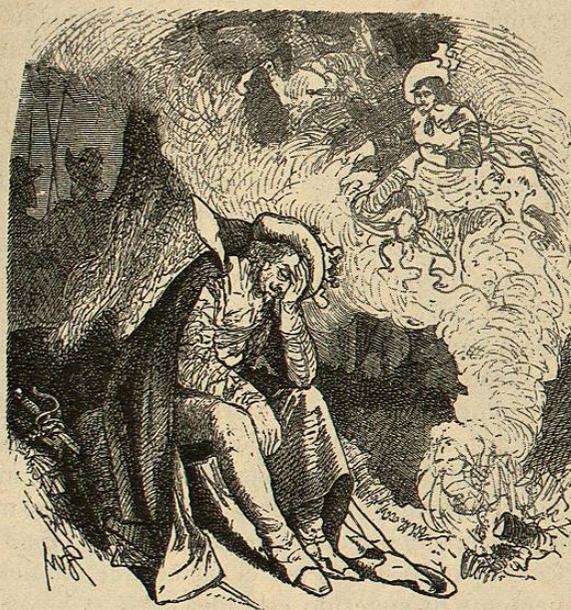
WALLENSTEIN.—Lo sabía y lo permitía.

TERZKY.—¡Y los mensajes secretos que recibió de Gallas!... ¿sabes esto?

WALLENSTEIN.—Esto es falso.

ILLO.—¡Oh qué ciego estas, á pesar de tu perspicacia!

WALLENSTEIN.—No derribaréis mi confianza, porque se basa en la más alta ciencia. Si me engaña él, la astrología es una mentira. El destino me dió una prenda segura de la fidelidad de Octavio.



ILLO.—¿Y quién responde de que esa prenda no te engaña?

WALLENSTEIN.—Hay momentos en la vida del hombre que le acercan al espíritu que lo gobierna, y durante los cuales puede interrogar al acaso. En uno de esos momentos, la víspera de la batalla de Lutzen, y después de anochecido, me hallaba pensativo y recostado en un árbol contemplando con errante mirada la llanura. Brillaban á lo lejos con siniestro resplandor á través de la niebla las hogueras del campamento, y

sólo interrumpía el silencio el grito monótono de los centinelas y el sordo rumor de las armas. En aquel punto, mi vida entera, con su pasado y su porvenir, discurría por delante de mi vista; mi espíritu soñador se complacía en atar á los próximos sucesos del día siguiente los más lejanos y futuros. Y me decía á mi mismo: « ¡Cuántos hombres, sujetos á tu mando! Como sobre un número de la lotería, pusieron su fortuna sobre tu cabeza; se embarcaron contigo en la nave de la suerte. Y no obstante, si un día esta los dispersara, ¡cuán pocos permanecerían fieles á ti!... Esto quisiera saber: ¿cuál de ellos, entre cuantos encierra este campamento, será el más fiel? Dámelo á conocer por un signo ¡oh hado! Sea el primero que mañana por la mañana me dé una prueba de adhesión.» Y me dormí pensando en esto, y soñé: soñé que me hallaba entre el fragor de la batalla, cuando una bala mató á mi caballo, y vine al suelo. Jinetes y caballos pasaron sobre mí sin concederme siquiera una mirada compasiva; yacía en tierra ahogado, moribundo, pisoteado. De pronto acude en mi auxilio un brazo poderoso; era Octavio. Despierto, era ya de día, miro: Octavio estaba ante mí. « Hermano—me dijo—no montes hoy el caballo pío que acostumbras, sino éste que he elegido para ti. Hazlo por el cariño que me tienes; un sueño me ha sugerido esta idea.» Y á la velocidad del caballo que me dió debí el escapar á los dragones de Bannier, que me perseguían. En cambio, mi primo montó aquel día el que yo solía montar y no he vuelto á ver ni al caballo ni al jinete.

ILLO.—¡Pura casualidad!

WALLENSTEIN (*con gravedad*).—La casualidad no existe; cuanto nos parece ciego y fatal proviene directamente de las más profundas causas. Tengo la seguridad de que Octavio es mi ángel bueno; ahora, ni una palabra más. (Se retira.)



WALLENSTEIN.—Hermano—me dijo—no montes el caballo...

TERZKY.—Consuélame ver que nos queda Max en rehenes.

ILLO.—Y éste no saldría vivo de aquí.

WALLENSTEIN (*volviendo*).—Sois como las mujeres que vuelven siempre á lo mismo tras haberles hablado en razón durante horas enteras. Las acciones y pensamientos humanos no son como las olas del mar que se agitan fatalmente; parten de un mundo interior, y manan de él como de profunda mina; su desenvolvimiento necesario es como el de los árboles, sin que pueda desnaturalizarlo la suerte. He penetrado hasta el fondo del alma humana, y conozco perfectamente sus voluntades y acciones. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Aposento en la casa de Piccolomini

OCTAVIO PICCOLOMINI, dispuesto á partir.—Un AYUDANTE

OCTAVIO.—¿Están en sus puestos los hombres que ordené?

EL AYUDANTE.—Abajo esperan.

OCTAVIO.—¿Es gente de fiar, verdad? ¿De qué regimiento son?

EL AYUDANTE.—Del de Tiefenbach.

OCTAVIO.—Este es fiel. Que aguarden tranquilamente en el patio trasero, y que no salgan hasta que suene la campana. Entonces cerraréis la puerta y la custodiaréis, y quedará preso todo el que se halle dentro. (*Vase el Ayudante.*) Cierto que no creo necesitar sus servicios, porque estoy seguro de mi cálculo. Pero se trata de servir al Emperador, y el juego es de importancia, con que vale más pecar por exceso de precauciones.